



## *Calle de la Infancia (Ríos Rosas, 16)*

Alfonso Sastre

Aquella vieja calle, tranquila,

dulcemente acostada a la sombra,  
con sus sencillas tiendas (los ultramarinos  
de Yonte,  
el carbón de Parrondo,  
el bar de Frutos...)

y con sus acacias cada año tan nuevamente jóvenes  
fue el lugar de mis primeros miedos en la vida, por la vida, a  
o para la vida. Estaba un poco enfermo. Dormitaba  
en mi hamaca rayada frente a la puerta bajo una acacia que yo recuerdo grande  
(y Paca la portera, y doña Carolina).

Enfrente la larga tapia roja del convento  
(y Tino)

y en un viejo entresuelo mis cosas más queridas, mis juguetes.

(Y la guerra. Cuánta angustia recuerdo  
de bombardeos cuando papá no estaba y sonaban estruendos, lejanas explosiones.  
Ya no bajaban los tranvías por Santa Engracia paralizados por el horror del bombardeo.  
¿Y papá? ¿Dónde estarás, papá? Así cuánto temor, temblor hasta el alivio  
de los pequeños tranvías bajando otra vez ruidosamente.

Pero ¿qué habrá ocurrido? Pero ¿por dónde iría? ¿Dónde  
han caído las bombas que nos volvieron pálidos? Alguien dice, comenta  
que trasladaban heridos en el metro, que había mucha sangre y que uno  
llevaba toda la cara rota. Pero ¿y papá? ¿Qué hace que no viene?

El oído finísimo reconocía

con vuelcos del corazón, enormes sobresaltos, los pasos de mi padre en la escalera.

Era entonces morir

de alegría, morirme enteramente, el escuchar el ruido de su querida llave

en la antigua cerradura de la puerta. Mamá, ¿te acuerdas? ¿Verdad que no podemos contarlo? ¿Verdad

que era morir y luego otra vez nacer? Yo gritaba: Papá...  
No. No puedo seguir. Tenéis que perdonarme).  
Hablaba de juguetes y añado la presencia de mis padres  
velando, cuidando todo, envejeciendo.  
El tiempo era mis padres  
envejeciendo sin saberlo.  
(El tiempo todavía es mis padres  
envejeciendo y yo sin poder nada, irremediable testigo  
de una espantosa decadencia; y menos mal que yo  
empiezo a sentir algo de años, de vejez, calva, canas, hijos, y eso alivia  
considerablemente pues ya uno empieza a presentirse  
sobrevivido por sus hijos y eso alivia  
-repito la cuestión-  
considerablemente).

Vuelvo a la calle de mi infancia, recordando  
sus tiendas, sus acacias, mis juguetes, la falta de apetito, y pleuresía,  
el balconcito, los depósitos  
del Canal y el Graff Zeppelin en el cielo.  
Yo cerraba los ojos si mis padres  
se aproximaban inquietos de que yo  
pudiera estarme muerto y no dormido,  
despierto y no dormido, triste  
y no dormido.  
-No pasa nada -decían por lo bajo-. El niño duerme -y comentaban las  
cosas de la vida.  
Pero yo, entreabriendo los ojos, les miraba, acechaba  
las arruguitas, los leves gestos de cansancio, la frente  
de mi padre y los alrededores de sus ojos, y eternamente  
protestaba y pedía, como un niño cualquiera,  
morir antes que ellos.

(1948-1960)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**